



BIBLIOTECA DE AUTOR

**JOSÉ M. VERNET**

*Los laberintos del fuego*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**JOSÉ M. VERNET**

*Los laberintos del fuego*



EL GUARDIÁN LITERARIO

*A la casa... a esos seres que supieron habitarla.*



*Pido a los santos del cielo  
que ayuden mi pensamiento,  
les pido en este momento  
que voy a cantar mi historia  
me refresquen la memoria,  
y aclaren mi entendimiento.*

**Martín Fierro**



EL  
GUARDIÁN  
LITERARIO

Diez supieron ser los años del voluntario encierro de Floreal y me atrevo a imaginar que hasta él mismo olvidó las razones de dicho encierro. Alguien, alentado por la curiosidad, podría valerse de infinitas fuentes en su búsqueda por develar tales causas, pero me vería obligado en advertirle que tal empresa es estéril; vanas opiniones, con anécdotas frías o conmovedoras, es lo único que nuestro investigador obtendría y, lo triste, lo trágico a pesar de todo, es que ninguna de ellas hallaría refugio en la verdad.

La rueda de historias y fábulas del barrio encuentra su eje en la antigua casa de Floreal. Ella supo albergar dos residentes; la estadía, sin embargo, quiso que fueran más inquilinos que residentes. El primero, un inmigrante inglés que, obviando todas las deformaciones que el tiempo y los vecinos argumentan, fue quién construyó el caserón a finales del siglo XIX, con un estilo francés que aún perdura en estos tiempos; el otro, fue el ausente Floreal.

El barrio sostiene, de una manera más que rebuscada, que el primero es el responsable de la desaparición

del segundo. Lo peculiar de dicho argumento es que el ferroviario Smith se ahorcó en el baño de su casa alrededor de los años 20' y, recién una década después, nacía Floreal. Pero el barrio puede prescindir de las acartonadas fechas, en conclusión: “...*La casa está engualichada Don, no entre...*”.

El tiempo continuó jugando con la historia, acentuando ciertos rasgos y ocultando otros; cada año, nuevas fábulas surgían en cada esquina redireccionando la trama hacia lugares inesperados. En muchos de esos casos, los menos trascendentes, quien contaba la historia era también el protagonista; en los otros, donde un frío recorría la espalda del escucha, tanto el autor como su intérprete eran anónimos.

Casi siempre, estos relatos presentan a sus personajes de la misma manera: “...*era un pibé que vivía a la vuelta del caserón...*” o “...*una señora que pasaba todas las mañanas por la vereda de enfrente...*”; es decir, alguien fácil de distinguir pero difícil de reconocer. Cualquier vecino —hombre, mujer o niño— es una potencial víctima de la casona, pero esto es irrelevante ya que, sin importar la historia, el protagonista siempre supo ser el caserón.

Existen dos tipos de fábulas: algunas simples y cortas, con algún detalle inusual; otras complejas, con tramas entretejidas e inconclusas...

“...*Dicen que sucedió de noche, en una época donde los caminos eran de tierra y donde las calles tenían un farol por cuadra. La “B”, única línea de colectivo que pasaba por ese entonces, era la*

que utilizaba un vecino de la calle Theobald para volver a su casa después de la jornada de trabajo; una cuadra era lo que se interponía entre la parada y su destino. En esa noche particularmente oscura, el aire flotaba espeso y una burbuja de niebla abrazaba la luz del farol; la lumbrería del cigarrillo era su única compañía, el resto era noche.

Sus primeras dos pitadas recorren los primeros quince metros aledaños a un terreno baldío, al dar la tercera, un resplandor aparece sobre su derecha, a la altura del caserón; el vecino, mirando el acontecimiento de reojo, no detiene su andar, pero sí disminuye el paso. Decide dar la cuarta pitada y su sospecha se ve corroborada: el resplandor, en forma de eco, vuelve a aparecer. Sus pisadas lo llevan hasta el portón de la casona, pero nada sucede, la estructura oscura y silenciosa le devuelve la mirada.

El frío de la noche encoge su curiosidad.

Ante la negativa, el vecino decide retomar su marcha cuando un tenue resplandor surge en una ventana de la derecha; intrigado —y sin largar el pucho— apoya su cara entre los barrotes de la reja del portón. La luz comienza a latir y con cada latido su tamaño aumenta, dejando ver una biblioteca y parte de un escritorio; poco a poco, un hombre se corporiza al pie de la ventana. Al principio solo se percibe el contorno de la figura, pero la respiración de la luz va descubriendo los detalles; las primeras pinceladas muestran un sombrero, unos bigotes y un traje victoriano. Ignorando la presencia del vecino, el personaje comienza a desarrollar la trama; de espaldas al escritorio y de frente a la ventana, sus gestos sostienen una conversación.

El inicio de la charla fue sereno, pausado, como si cada palabra hubiese sido cuidadosamente seleccionada. Al transcurrir unos

minutos, la conversación se torna álgida, los ampulosos ademanes agitan los brazos; de repente, el inglés se da media vuelta y golpea el escritorio con su puño:

—¡Please!, I beg you Mister P. Mark my words!, this Floreal will be our ruin.

Al finalizar la frase guarda silencio y asiente con la cabeza en forma de respuesta, gira hacia la ventana, se frota los ojos y suspira acongojadamente. Por unos instantes, permanece con la mirada perdida, pensativa, como rememorando algo; luego de esbozar una sonrisa toma una silla, se sube y coloca una soga anudada alrededor de su cuello. Mientras ajusta el nudo, clava la mirada en dirección al portón. El vecino se paraliza, no puede escapar ni dejar de ver; el inglés lo mira directamente a los ojos. Los pies orillan el borde de la silla que tambalea, el pecho comienza a agitarse, la silla cae y, en el momento en que la cuerda se tensa, la luz se apaga; solo se escucha el latigazo y el vaivén del cuerpo colgado.

Sobre la vereda, la colilla encendida del cigarrillo ve huir al vecino asustado...”

“...El terreno baldío, contiguo al caserón, era el potrero donde los pibes del barrio solían armar los picaditos de fútbol a la hora de la siesta, hasta que pasó lo que pasó. En uno de esos encuentros, un defensor del equipo rojinegro despejó la pelota de tal manera que esta fue a parar al jardín trasero de la casona, y como dice todo manual futbolero: el que tira... busca.

Con la ayuda de dos amigos del equipo contrario logra trepar el alambrado cubierto por una espesa ligustrina; la celosa planta impedía ver lo que sucedía del otro lado. Apenas sus pies tocaron el suelo, sus primeras y últimas palabras fueron:

—No la veo chicos, me parece que...

—¡A la derecha!, fíjate a la derecha... —Le gritaban sus amigos desde el terreno baldío.

Ellos seguían el rescate con sus oídos; escuchaban los pasos que daba el Central sobre las hojas secas; pisadas de incertidumbre en todas direcciones. Los amigos percibían el crujir y la búsqueda cada vez más lejana, pero la respiración del rescatista se sentía cada vez más cerca.

—¿Y?... ¿Dónde está?, ¿la encontraste? Dale, apurate... —Pero nadie respondía.

Pasaron unos minutos hasta que alguien decidió ir a ver qué sucedía. Mientras intentaban trepar la ligustrina, los chicos oyen algo grande que se arrastra raudamente sobre las hojas secas; todos quedan desconcertados.

—¡Dale!, ¡dale!, subí de una vez a ver qué pasa... —Discuten entre ellos, pero ninguno toma la iniciativa.

Finalmente, uno de los chicos llega a la parte alta del alambreado y, cuando se disponía a saltar hacia el otro lado, un grito en el patio del fondo lo paraliza. Estira el cuello para ver lo que está ocurriendo, pero un viento se levanta abruptamente amontonando las hojas en forma de remolino.

—¿Estás bien?, ¿tás bien? —Gritaba, pero ni él mismo se oía—. ¿Estás bi...

No terminó de preguntar cuando la columna de hojas se le vino encima, tirándolo de espaldas sobre sus compañeros.

Los días pasaron, los chicos crecieron, pero del Defensor jamás se supo más nada...”.

“...Esto pasó una tarde de verano, con las chicharras y los paraísos de la cuadra como únicos testigos. Una anciana que pasaba por la vereda de enfrente del caserón, volvía, como de costumbre, de hacer las compras en el almacén. Siempre que caminaba por delante de la casona hacía un esfuerzo para que la curiosidad no le torciera la vista, pero ese día, por alguna razón, fue la excepción. Una brisa arrastró, junto al olor de los jazmines, el murmullo que la detuvo; había algo familiar en esa voz que escuchaba, algo que no llegaba a reconocer del todo. Los jazmines cubrían la parte superior del portón y, si bien algo dentro de la anciana le advertía el peligro, ella —de todos modos— necesitaba acercarse para oír mejor.

Tímidamente, sin enfrentar a la casona, la anciana avanza de costado hacia su derecha. Todavía no vislumbra el contenido del mensaje, pero las lágrimas en el rostro reconocen el timbre de voz que le habla. Da un paso más y el olor de los jazmines aumenta, la fragancia es tan fuerte que el aroma se transforma en hedor; la advertencia es insuficiente, ella solo siente el llamado. Parada sobre el cordón y de frente al caserón, escucha a su madre:

—Tere... Teresita, vení chiquita... vení.

—¿Mamá?... ¡Mamaíta!

Suelta el changuito con la mercadería y estira los brazos al vacío esperando el abrazo; con las mejillas empapadas cruza la calle en busca de su madre. La bocina del camión interrumpe el trance y la devuelve a la realidad, el chofer clava los frenos, pero es demasiado tarde, la anciana muere arrollada.

Los vecinos salen de sus casas y entran al final de la escena, tratan de tranquilizar al conductor que, sujetando fuertemente

*el volante, balbucea: Se... se me vino encima. Se tiró. ¿Pero qué hizo? ¿A quién llamaba? Si no había nadie...”.*

Cada día —alrededor del caserón—, extraños hechos sumaban nuevos eslabones a esta cadena de eventos inexplicables, pero el arribo de un nuevo acontecimiento paralizaría la existencia de todo el barrio: la llegada del Tercer Inquilino.



A media mañana, dos hombres esperan al pie del portón; un auto dobla la esquina y estaciona. El Tercer Inquilino, mientras cierra la puerta del coche, se presenta pidiendo disculpas por la demora. Uno de los hombres hace un gesto al otro y cruza la calle; el compañero, agitando un manojo de llaves, llama la atención del visitante.

—Hola, ¿cómo le va? Yo soy de la inmobiliaria. Acá le dejo el juego de llaves de la casa.

—Disculpe, pero me perdí, no conozco la zona y...

—Esta es la llave del portón, esta es la de la puerta principal y esta otra es la de la puerta de la galería, aquí tiene la segunda puerta lateral y la del sótano; el resto corresponde a las puertas interiores.

Mientras recibe el manojo de llaves, el intruso observa la estructura.

—Pero... ¿no es muy grande esta casa para una sola persona? ¿O acaso vive alguien más?

—No, está usted solo. Mañana, a primera hora, va a venir la empleada doméstica, la señora Amalia. Ella

ya estuvo repasando y limpiando algunos cuartos. Con respecto a los artefactos de la casa, la mayoría funcionan o se han cambiado. Se reparó el timbre del portero y se acaba de colocar un calefón nuevo en el baño. Si necesita algo, ahí, en la esquina, tiene una verdulería que lo puede sacar del apuro.

—¿No me va a mostrar la casa?

—Cualquier cosa no dude en llamar a la inmobiliaria. Que tenga un buen día... —Al terminar la frase, mira con desconfianza a la casona y se aleja.

Con las llaves en una mano y un portafolios en la otra, el Tercer Inquilino mira al hombre cruzar hacia la vereda de enfrente y perderse al doblar la esquina; no comprendió el por qué de dicha actitud, aunque tampoco le dio importancia. Mete la llave y abre el portón, o lo intenta; empuja una de las dos rejas labradas de casi tres metros de altura, el hierro no cede fácilmente. Poco a poco, un silbido acompaña el movimiento que, entre óxido y pintura, le da la bienvenida.

El intruso había imaginado que su alojamiento consistiría en un pequeño departamento ubicado en las inmediaciones de las oficinas del trabajo y no en una casona de barrio alejada del Centro; lo único que podía pensar era que todo este asunto tenía que ser una gran equivocación —¿para qué iba a necesitar, él solo, una casa tan grande?—. Parado sobre el camino de adoquines, contempla las dimensiones del caserón y sus múltiples entradas; ni siquiera sabe qué puerta debe utilizar. Puede subir la escalera de la galería e ingresar por la

gran puerta principal o por la otra puerta de la derecha o, incluso, seguir el sendero de adoquines de la izquierda hacia la puerta lateral, pero no logra decidirse.

Desde la calle podía observarse el gran portón con sus jazmines enredados en la parte superior y, a sus costados, un alambrado cubierto por espesas ligustrinas. Detrás de todo esto, asomaban parte de la fachada y las copas de diversos árboles —un palo borracho, un lapacho, un jacarandá, una araucaria y una palmera— distribuidos por todo el frente de la casona.

La lengua de adoquines nace en la calle, sus piedras conducen al pie de la escalera de la galería, donde, con un juego sinuoso, se bifurca rodeando al caserón. El sendero que se abre hacia la derecha y frente de la casa marca —a cada lado— el continente de grandes canteros inundados de plantas y árboles; al final de este primer tramo, un farol indica la curva del camino —lindero al terreno baldío— que lleva a la puerta del sótano y conecta con el jardín trasero. Sobre el otro lado —el sendero de la izquierda—, una amplia alfombra de adoquines guían los pasos hacia la puerta lateral del fondo. Dos filas de hortensias azulgranas custodian este trayecto, sobre la izquierda del recorrido se levanta una pared de ladrillos cubierta por una verde enredadera; el cantero de hortensias de la derecha descansa contra la galería. Al final de este camino asoma una ventana con su celosía, después, aparece una pequeña escalera y una puerta con su campana; por esta abertura fue que ingresó el Tercer Inquilino por primera vez a la casona.

Ya dentro del caserón, el primer ambiente resulta ser un *living* comedor forrado en madera con unos sillones que circundan una mesa ratona, más adelante —hacia la derecha— se descubre un mueble petiso que divide este espacio del resto del cuarto. Todo esto escoltado, de un lado y mirando al jardín trasero, por un gran *bow window* que deja entrar la luz con sus amplios ventanales; allí, dos bancos de mimbre esperan ser ocupados. En el lado opuesto de la mesa ratona, un hogar a leña ocupa la mayor parte de la pared. El ambiente finaliza unos metros después del mueble petiso, contra una pared que viste un *boiserie*; a su izquierda —contiguo al *bow window*— una puerta muestra la salida al jardín trasero; sobre la derecha aparece un salón de pasos perdidos con sus habitaciones: dos, tres, cinco, siete habitaciones... no puede creerlo.

Sobre un piso de madera, el intruso da tres pasos que rebotan en el frío salón; sin soltar el portafolio, una primera mirada observa a cada una de las siete puertas de las habitaciones; su vista vuelve al *living* comedor y, en sentido inverso al salón de pasos perdidos y en paralelo, descubre —detrás de la pared del *boiserie*— un pasillo que lo conduce a la cocina. En forma de U están dispuestas las pequeñas ventanas que separan la mesada de mármol de las alacenas; en el centro, una mesa de algarrobo aguarda con sus bancos. Apoya el portafolios y se dirige a inspeccionar las habitaciones.

Tres puertas de un lado, tres puertas del otro y una en el fondo; todas ellas con el mismo diseño. Altas

puertas dobles pintadas de blanco, interrumpidas —en su parte superior y media— por seis rectángulos simétricos de vidrio.

El primer cuarto de la izquierda está vacío, su piso también es de madera; un ropero empotrado y una ventana con celosía es lo único que ostenta. Cruza hacia la derecha y, tras la primera puerta, encuentra un baño. Entra y una puerta interna cubierta con un espejo de cuerpo entero lo comunica con el siguiente cuarto: una cama de dos plazas con dos muebles, uno de cada lado; sobre la derecha, otra ventana con celosía. Vuelve al salón, en las dos habitaciones restantes de la izquierda no halló nada nuevo, eso sí, se asemejaban mucho a la primera, lo único que variaba era la disposición de sus ventanas. El sexto cuarto —el último de la derecha— aparentaba ser otra cosa; los amplios ventanales bordeando la galería en forma de L, la gran puerta principal en el extremo de las hortensias y los finos muebles, daban la impresión de ser un lugar de recepción para visitas o para algún tipo de evento. El séptimo cuarto supo ser todo lo contrario: un escritorio con una gran biblioteca que, a pesar del manto de polvo reunido a través de los años, celaba un aire de intimidad.

Al entrar en esa habitación, sus pisadas quedaron marcadas descubriendo un piso que hacía juego con los motivos de madera que había en el techo. Pero lo que llamó la atención del Tercer Inquilino fue la cantidad de libros que aún albergaba aquel mueble, incluso, había pilas de libros desparramados por el suelo; el escritorio

y un sillón próximo a la ventana, apenas sobresalían en ese mar de papel. Salvo por la ventana y por una puerta que permitía el acceso al extremo inferior de la galería, el resto de las paredes estaban ocupadas por la biblioteca.

Todos los escenarios de la casona poseían una ostentación del espacio: techos altos, puertas enormes, pasillos amplios, ventanas dobles; es decir, ecos y proporciones de otras épocas.

De vuelta en la cocina advierte que es la una de la tarde, recuerda las palabras del empleado de la inmobiliaria y decide ir a la verdulería a comprar algo, pero antes, debe descargar unas cajas y un par de maletas del auto. Abre el portón de par en par y entra conduciendo el coche; la lengua de adoquines es lo suficientemente ancha para estacionar cerca de la puerta lateral. Ahora sí, deja las cosas en el *living* comedor, cierra el portón y se encamina hacia la verdulería; pasando el terreno baldío que tiene por vecino, llega a la esquina.

El local era un típico negocio de barrio con pretensiones de algo más. En aquella verdulería asomaban emprendimientos truncos de otros rubros: un poco de almacén, un poco de farmacia, un poco de librería y... un poco de todo. Pero eso no fue lo primero que notó el intruso, en la puerta y con su delantal blanco, lo aguardaba su dueño: don Miguel, Miguelito, o lo de Miguel; él y su negocio respondían a cualquiera de estas tres denominaciones.

De una sonrisa amplia es la bienvenida.

—Güen día... *avanti, avanti*. Pase, ¿qué necesita? —Esbozó Miguelito, con una voz aguda.

El Tercer Inquilino es sorprendido por lo cocoliche del lugar, olores a frutas, jabón, maderas y quesos se mezclan en el ambiente; tarda en decidirse.

—Entonce'... un paquete 'e sherba, fideo', una' gashe-tita', cien 'e jamón, queso y detergente. ¿Nada má', *signore*?

Estirando el brazo con el dinero, el intruso responde y agradece.

—Güeno, *grazie* a uté' y... bienvenido al barrio, che.

En el camino de regreso, el Tercer Inquilino se siente observado. Tres casas viste la vereda de enfrente: en la primera, una sombra sigue sus pasos detrás de una cortina; pasa la segunda, entre rumores y cuchicheos; al llegar a la tercera, unos ladridos muestran los dientes del perro de Posner. Cruza la calle y entra al caserón.

Llega la tarde y el mate espera en la cocina mientras el intruso examina el jardín trasero. El tamaño del parque es proporcional al tamaño de la casona; el largo césped y las plantas abandonadas pretenden negarlo. Al fondo —en el extremo opuesto del *bow window*— una pileta vacía junta hojas y bellotas del roble del vecino; a su derecha, un quincho añora años de reuniones y fiestas familiares. En el centro del jardín, gobierna un árbol que, pretérito al caserón, cubre y rodea todo con sus ramas. En él habitan zorzales y benteveos, calandrias y pirinchas, horneros y palomas, sus cantos llenan y visten al alcanfor; la presencia del Tercer Inquilino parece no incomodarlos. Mirando la fachada trasera de la casona, ve cómo los brazos del árbol se extienden por encima de los techos de chapa, su dominio se proyecta sobre los

terrenos aledaños; la circunferencia del tronco y lo largo de sus ramas es tan vasta que, incluso, este inmenso jardín parece quedarle chico.

Sus pasos se dirigían de regreso a la cocina cuando divisaron una pequeña puerta de metal sobre la izquierda del caserón. Al abrirla, el intruso descubre el sótano; a su derecha yace una caldera dormida; de frente a él, un pasillo húmedo termina en otra puerta homónima que desemboca en el corredor angosto de adoquines lindero al terreno baldío, comunicando, de este modo, al jardín trasero con los canteros del frente de la casona. Después de dar un par de pasos ciegos, a mitad del pasillo, una escalera desciende hacia su derecha; la menguada luz reconoce tres escalones que bajan, lo húmedo del lugar permite imaginar unos cuantos más.

Tomando mate en la cocina, sólo queda esperar a que llegue la mudanza, pero eso recién ocurrirá mañana. Si bien él debe presentarse al trabajo en unas semanas, de todas maneras, decide acomodar algunos papeles para mermar la tarde. La Empresa lo había transferido porque estaba por inaugurar una nueva sucursal en la ciudad y necesitaba que alguien “adiestrara” al nuevo personal; por razones de tiempo y lugar —no de méritos—, el Tercer Inquilino supo ser esa persona.

El murmullo de las palomas anuncia el inminente arribo de la noche. Cierra con llave la puerta lateral y una reja que separa las habitaciones del *living* comedor. Chequea las ventanas de los cuartos y las dos puertas de la galería —la principal y la del escritorio—. La idea de

bañarse pasó por su cabeza, sin embargo el agua marrón que salía de la ducha lo hizo cambiar de parecer; apaga la luz y se acuesta en la cama.

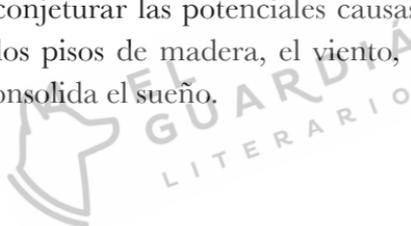
La oscuridad de la noche se ve manchada por la luz de la luna que, entrando por la ventana de la habitación, es testigo de la respiración del intruso. La casona mantiene el frío de otras épocas; por alguna razón, la cocina es el único lugar cálido. Le cuesta dormirse, pero lo intenta, mueve los pies tratando de calentar un poco las sábanas; después de un rato, finalmente se duerme.

Al cabo de unas horas, un viento desordena la noche y juega con el alcanfor esbozando figuras sobre la cama; sus ramas arañan las chapas de los techos. De repente, un golpe y el ruido de una puerta que se abre despiertan al Tercer Inquilino; en el salón de los pasos perdidos, el piso de madera cruje.

Lánguidos pasos avanzan en dirección al cuarto, la última pisada se detiene en el umbral de su puerta. Con los ojos bien abiertos gira la cabeza y espera, pero nada ocurre; se da media vuelta reprochando al frío y a su imaginación. Transcurren unos segundos y las pisadas retornan, esta vez, buscando la cocina. Seguidamente, escucha que alguien revuelve las bolsas de la verdulería. Cansado de los ruidos, el intruso simula coraje y se levanta de la cama; la firmeza de sus pisadas disminuye a medida que se acerca a la cocina, asoma la cabeza y descubre una ventana abierta; el miedo se transforma en malhumor, cierra la ventana y acomoda las bolsas.

De regreso al cuarto, la luna observa al Tercer Inquilino cruzar el gran pasillo cuando algo lo detiene a mitad de camino; inmovilizado, comienza a percibir los sonidos del silencio. El viento silba en las ventanas, las ramas rascan los techos, sombras se dibujan en las paredes; como un animal, la casona entera se despereza; todas sus habitaciones crujen alternadamente dándole la bienvenida, después de unos segundos, un golpe finaliza el saludo que en pequeños ecos se disipa hasta desaparecer.

Medio dormido, medio sorprendido, llega a la cama y se acuesta. Su carácter racional minimiza lo sucedido y, al conjeturar las potenciales causas —la edad de la casa, los pisos de madera, el viento, una rama que cae—, consolida el sueño.



Tres veces suena el timbre del portón, no hay respuesta. Dos veces suena la campana de la puerta lateral, no hay respuesta. Amalia estira el brazo y golpea repetidas veces la celosía del cuarto en donde se encuentra durmiendo el Tercer Inquilino; este se sienta en la cama, se frota los ojos y pregunta:

—¿Quién es?

—Soy yo, señor, Amalia. Me... me manda la inmobiliaria.

—Un minuto por favor. —Se pone el pantalón y, mientras camina hacia la puerta, se acomoda el pelo.

Por frío, por timidez, por ansiedad, por... vaya uno a saber, Amalia se frota las manos. Y cuando habla, las manos gesticulan, en un lenguaje secreto, las palabras que la boca dice. Pero al caminar, ni las frota ni las mueve, sino que las pone por delante alzando un monedero que se ufana de no llevar nada, a excepción de una llave y algunas monedas. Su rostro tiene la tranquilidad que da la vida cuando uno sabe darle sentido, y esa simpleza la hace especial a Amalia; una criolla orgullosa de su trabajo y de sus hijos.

Se abre la puerta. Amalia con una voz cálida:

—Buen día, señor, soy la empleada.

—Mucho gusto, pase. —Amalia besa una medallita y entra.

—Disculpe si lo desperté, es que la inmobiliaria me dijo que venga...

—No se preocupe.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Este... ¿por la cocina?

Mientras la matrona se dirige a la cocina, el intruso vuelve al cuarto, ordena un poco la cama y termina en el baño lavándose la cara y los dientes. Amalia limpia la mesa de algarrobo, lava el mate, unos cuartos y un plato. Apenas comienza a repasar la mesada de mármol, el timbre suena; va hasta el cuarto del ventanal y anuncia el arribo de la mudanza.

Uno creería que, del otro lado del portón, estaría aguardando un típico camión del rubro, pero no; una camioneta blanca, semidescubierta, bastaba para cargar con toda la existencia material del Tercer Inquilino. Las cajas, divididas en tres secciones, una a una encuentran su destino: las marcadas con una cruz van a parar al escritorio; las marcadas con un círculo descansan en el primer cuarto de la izquierda; el resto, sin marca alguna, se apilan al pie de la cama. El intruso controla la lista que sostiene el orden de las cajas, la matrona —de motu proprio— improvisa unos sándwiches para los hombres de la mudanza que, intrigados, observan la minuciosa supervisión. Si bien la personalidad del Tercer Inquilino

es algo peculiar, la mudanza y el cambio de rutina le acentuaron ciertos rasgos.

Acomodada la mayor parte de las cosas y guardadas las cajas, Amalia prepara el mate y se dirige al escritorio; allí, el intruso ordena sus libros.

—Amalia, dígame... todos estos libros que están acá, ¿de quién son?

—No sé señor... ¿de la casa? —La matrona deja el mate y se retira.

Ambas colecciones no podían ser más dispares. Los libros del Tercer Inquilino se especializaban en el campo de lo empresarial y lo jurídico; últimas ediciones que, con sus tapas sobrias y frías, mantenían cierta distancia con su lector. En cambio, los libros del caserón, con sus encuadernaciones gastadas, mostraban años de relectura e intimidad.

La biblioteca anónima estaba insólitamente ordenada, el intruso tardó en encontrar el patrón de distribución de los libros. A primera vista, se observaba una miscelánea de obras en distintos idiomas y de diversas temáticas; sin embargo, al ahondar la vista, quedaba claro que estas estaban dispuestas de manera cronológica, pero respetando una línea temporal de lectura personal, es decir, un caos ordenado. Por ejemplo, si una novela o un ensayo poseía más de un tomo, el último leído o releído iba a parar al final de la hilera de libros, dejando un hueco en su ubicación anterior. Esto se repetía en cada cuerpo del mueble, el cual cubría tres de las cuatro paredes del cuarto; sus estantes nacían en el piso y

chocaban contra el techo —un riel, en la parte superior, guía las ruedas de una escalera que posibilita el acceso a los ejemplares más remotos—. También había pilas de libros por doquier: en el piso, escondidos debajo del escritorio y alrededor de un viejo sillón; el Tercer Inquilino supuso que estos todavía no habían sido leídos, en otras palabras, aún no reunían los requisitos suficientes para ocupar un lugar en la biblioteca. El escritorio tenía dos cajones, el derecho albergaba una caja y un tablero de ajedrez; el otro estaba bajo llave.

Las cinco de la tarde le avisan al intruso que Amalia se retira.

—Si precisa que venga mañana...

—No, está bien, no se haga problema. Voy a aprovechar el fin de semana para organizarme un poco.

—Bueno, hasta el lunes entonces. Ahí le deje unas cosas preparadas en la heladera.

—Gracias, hasta el lunes.

Con un andar más coqueto que apurado, la matrona cruza la calle. Sobre la otra vereda, recuerda las palabras del Tercer Inquilino y se percata de que hoy recién es miércoles; duda entre volver sobre sus pasos y molestar al “señor” o seguir su camino. Mientras retoma el trayecto hacia su casa, piensa “...y bueh, si me necesita, me llamarán de la inmobiliaria...”; de todos modos, no logró avanzar demasiado. Dos vecinas aparecen de la nada y la interceptan. Las sonrisas postizas comienzan el interrogatorio; las preguntas se amontonan e interrumpen cualquier posibilidad de responder. Acorralada, Amalia

solo atina a mover la cabeza y las manos ante la lluvia de interrogantes de las inquisidoras: ¿cómo es?, ¿a qué se dedica?, ¿está solo?, ¿vio algo raro en la casa?, etc.; las preguntas caen una tras otra. La matrona, negando con las manos y la boca, escapa del asedio con tímidos pasos. Ojos afilados y murmullos escudriñan la huida de la empleada; las ofendidas vecinas no pudieron saciar su curiosidad.



